



CAPÍTULO II.

El «Gloria Patri.»

No es María santísima, ni siquiera la sagrada Humanidad de Cristo, el objeto principal del culto de los cristianos; la santísima Trinidad es á quien la criatura debe rendir su tributo de alabanza y adoracion. Todos los bienaventurados que están en el cielo participan de la gloria del culto que en el mundo se practica. Como un padre de familias hace participantes á todos los de su casa de las rentas que á él solo corresponden, y no obstante está celoso de sus derechos de dominio; así el Padre universal, generoso, espléndido, amantísimo y comunicativo con sus hijos, no permite

que nadie toque su gloria: «Mi gloria no la daré á otro,» dice por boca de Isaías (1).

Los afectos del corazon cristiano han de llegar á la alta cumbre de la Divinidad, como su fe se ejerce hasta en los más recónditos misterios de la divina Substancia. Creemos y confesamos que dentro de Dios hay Padre, Hijo y Espíritu Santo, y las tres divinas Personas son el fundamento de nuestra Religion. La fe cristiana es la fe de la santísima Trinidad; luego la oracion cristiana debe ser tambien la oracion de la misma beatísima Trinidad. Por esto nuestro Padre santo Domingo á cada *Padre nuestro* y diez *Ave Marias* pone un *Gloria Patri*; indicándonos que si bien con aquella corona de espirituales rosas, que son las *Ave Marias*, adornamos la augusta frente de la Madre de Dios, lo hacemos, no obstante, en honor del mismo Dios, ya que la gloria de María es la propia gloria del Señor. Este himno corto y substancioso del *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo: como era en el principio, ahora y en los siglos de los siglos, así sea*, es antiquísimo en la Iglesia católica. Algunos creyeron

(1) XLII, 8.

que habia sido compuesto en el primer Concilio general, ó sea, en el Concilio de Nicea; mas el sapientísimo Papa Benedicto XIV (1) prueba evidentemente que es anterior, que se remonta al tiempo de los Apóstoles, y que debemos creerlo enseñado por el mismo Salvador á sus discípulos, al mandarles que administrasen el bautismo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es este misterio la puerta de la vida cristiana, y de consiguiente de la gracia divina; la oracion tiene por objeto alcanzar la gracia, y si la Trinidad es la puerta de ella ¿á dónde hemos de clamar con nuestras oraciones? En el Concilio Niceno, dice el citado Papa, que al *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto*, se añadió el *sicut erat in principio, et nunc et semper et in sæcula sæculorum*, para contrarrestar el error arriano que sostenia que el Hijo divino no era engendrado desde toda la eternidad. Esta oracion, ó mejor, *glorificación*, como la llamaron los antiguos, tiene un uso continuo en la Iglesia; es su perenne é invariable oracion, imitando así en la tierra aquel incesante concierto de los Serafi-

(1) *De festis*, lib. I, cap. xii.

nes, que oyó el profeta Isaías que cantaban el Santo, Santo, Santo. Dice el piadoso y docto Cornelio á Lápide, que en la Iglesia triunfante y en la militante hay tres himnos de glorificación, con los cuales continuamente alaban á Dios, Uno y Trino, los bienaventurados del cielo y las criaturas racionales de la tierra. Estos tres himnos coinciden y son idénticos en su sentido, pero expresados en palabras distintas. Al primero llama seráfico, y es el que encontramos en el Profeta Isaías: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llena está toda la tierra de tu gloria.» Al segundo himno llama angélico, y es el que oyó cantar el apóstol san Juan en su misteriosa revelacion del Apocalipsis: «Bendicion, y gloria, y sabiduría, y accion de gracias, honra, y poder, y fortaleza á nuestro Dios por los siglos de los siglos, Amen.» Al tercero llama eclesiástico, y es el *Gloria Patri*.

Estas consideraciones han de servir para hacernos pronunciar el himno de la glorificación, es decir, el *Gloria Patri*, con la mayor devocion y reverencia. Entonces el hombre, si bien vestido con el tosco y corruptible hábito de la carne, y oscurecido el entendi-

miento con tinieblas de error y de pasiones, se une á los seres más perfectos que han salido de la mano de Dios y penetra, por decirlo así, en las interioridades de la vida divina, perfumando á Aquel que es tres veces santo con el incensario de su propio corazón suplicante. La adoración de la Trinidad ha de ser continua, ya que Dios, según nos enseña santo Tomás, ha dejado la imagen ó el vestigio de este su soberano misterio en todos los seres espirituales y materiales de la creación, como un príncipe coloca su blason en los edificios de su pertenencia. Mas por lo que nos interesa, concretándonos á nosotros mismos, en nuestra alma descubrimos la imagen de la Trinidad; el entendimiento, la memoria y la voluntad son la representación de las divinas Personas. Hay, pues, en el hombre el sello de la Trinidad, *signaculum Trinitatis*, y por tanto somos de ella, y nuestro entendimiento ha de buscar y conocer á Dios, nuestra memoria de continuo recordarle y nuestra voluntad sin interrupción amarle; y la fórmula de nuestra consagración, adoración, reverencia y culto es el *Gloria Patri*.

No se vaya á creer que esta solemne y

continua protesta de fe y amor á las tres divinas Personas sea una ociosa antigüalla conservada por la Iglesia, siempre amiga de la tradición, de otras épocas en las que por negarse este divino misterio la repetición de este corto himno era más pertinente. No; la fe en la Trinidad siempre tiene el mismo interés, y aún puede asegurarse que la fe de la Trinidad es la fe católica en toda su integridad. Todas las negaciones y herejías van dirigidas contra Dios, contra Cristo ó contra la Iglesia; ó lo que es lo mismo, contra el Padre, contra el Hijo ó contra el Espíritu Santo; y como conviene que haya herejías, y por lo tanto en todos los siglos las habrá, de aquí que siempre sea oportunísima é interesante la oración del *Gloria Patri*. Los que niegan que la creación del universo sea obra de Dios, ofenden y niegan al Padre á quien se atribuye la creación; los que rechazan la venida de nuestro Señor Jesucristo ó niegan su divinidad, contradicen al Hijo, que por nuestra salvación tomó carne é hizo hombre; y los que denigran á la Iglesia suponiéndola una mera congregación de hombres, y niegan la vida sobrenatural, pecan contra el Espíritu Santo, que vivifica el

cuerpo de la Iglesia, y es el foco de toda vida superior y divina en las criaturas.

Hoy, por desgracia, con espantosa profusion mirada con indiferencia por la mayor parte de los cristianos, se multiplican, están extendidas por toda la tierra estas herejías; aún los mismos creyentes, á consecuencia de respirar una atmósfera viciada por una incredulidad que no podemos llamar moderna, porque desgraciadamente hace tiempo que ha tomado posesion del mundo, tenemos la fe debilitada y sujeta á continuas embestidas; por lo cual más que nunca, con mayor frecuencia que en los pasados siglos, con más profunda reverencia que los antiguos cristianos, estamos obligados á rezar el *Gloria Patri et Filio et Spiritui Sancto: sicut erat in principio, et nunc et semper et in sæcula sæculorum, amen*, como una fórmula comprensiva de toda nuestra fe, siempre vieja y siempre nueva porque es eterna, como un tributo de adoracion al más profundo misterio de Dios, como una accion de gracias por las continuas que recibimos, y que todas en su principio dimanen del augusto trono de la Trinidad, y como una humilde y confiada súplica para que nunca

nos falte la asistencia, proteccion y providencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres Personas y un solo Dios, á quien únicamente compete todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

